

LA «COSTA VERDE», UNA RUTA TURÍSTICA DE ESPAÑA

Hacen falta «maitres» y camareros en los restaurantes asturianos

HIZO falta que los muchachos asturianos, los universitarios, saliesen al extranjero haciendo "camping" para que trajesen la alarma de que Asturias, turísticamente, estaba con su reloj parado en el año veintitantos. Entonces un periodista joven lanzó un "slogan": "Asturias, la Costa Verde". La Prensa ovetense tomó la afortunada iniciativa de hacer un recuento de sus triunfos turísticos: los Picos de Europa, Coadonga, Muniellos, la segunda mancha forestal de Europa después de la Selva Negra; los ríos salmoneros, los cotos de caza, los puertos pesqueros.

El "slogan" fué bien recibido por los asturianos, hasta el punto de que aparecieron grandes letreros en las carreteras marcando la ruta de la Costa Verde.

Han pasado probablemente cuatro años desde aquella iniciativa de incorporar la privilegiada región asturiana a la ruta turística de España. Y te digo, amigo lector, que si en este aspecto Asturias no está mal, tampoco acaba de estar bien, esta es la verdad.

La razón es bastante sencilla de comprender. Resulta que el carácter asturiano es un tanto complicado. Existe una cierta resistencia para aceptar el modernismo. Se vive casi abrazado a la tierra, y el campesino no permite que se acerque nadie, aunque sea para hacer una observación. "Y usted, ¿qué pretende?" "¿Cuáles son sus ideas?", le preguntarán. Están demasiado arraigados, demasiado encelados con la tradición, con las costumbres, heredadas de abuelos a padres y a hijos. Todo lo que no sea esa rutina les parece poco de fiar, como aquellos labradores de Laviana que se lanzaron en guerra abierta contra los hombres que llegaron a abrir pozos en busca de carbón.

Entonces—ya desde el romanticismo español se venía empleando con espanto este vocablo—se habló del progreso, y los personajes locales montaron en cólera y se llevaron las manos a la cabeza. El bueno de don Armando puso a su novela un admirable título, lleno de ingenuidad: "La aldea perdida".

El tema se repite. Porque Asturias tiene condiciones de excepción para ser una de las primeras regiones turísticas de España. Y no hay quien acabe de ponerle el cascabel al gato.

En todos los hoteles asturianos—viejas fondas con ínfulas de hostales—se come admirablemente, porque aquí el pan sigue siendo pan y el vino sigue siendo vino, con lo cual ustedes ya me comprenden. Los precios son normales. Pero resulta que esa paella sensacional se la sirve a usted Pepín el de Colás, un mozo fuerte y coloradote que han contratado para la temporada de verano, y que a partir de septiembre está en el campo con el ganado. Naturalmente, Pepín el de Colás no tiene idea de lo que es la hostelería, y aquello, como decíamos de un principio, sin ir mal, no acaba de estar bien.

En los restaurantes asturianos hacen falta "maitres" y camareros con una urgencia alarmante. Pero vaya usted con esta recomendación al dueño de una taberna que tiene un letrero a la puerta que dice: "Comidas". Estoy seguro que le saldrá con una contestación entrañable, en cierto modo como aquella que me espetó a mí el dueño de uno de estas establecimientos en Noreña: "¡Pero si aquí todos somos de casa!" Lo que no sabía él es que por esto mismo seguimos siendo "los de casa", y así nos luce el pelo.

Estos benditos sujetos que dejan las labores de la tierra para ponerse una chaquetilla blanca—cuando se la ponen—en los meses de verano tienen sus detalles admirables, que a muchos les hacen volver al año siguiente y que a otros les indignan y no los perdonan. En ese momento en que usted le indica que el mantel o el vaso no están demasiado limpios para su gusto, le dicen, haciendo un guiño con el ojo, que la fabada está fenomenal, y a continuación le echan tres o cuatro piropos al arroz con leche.

No hay quien pueda con esta insobornable naturalidad de la gente de Asturias, bien comprensible para los asturianos y simpática generalmente para el hom-

bre que viene de Castilla. Para el turista que habla inglés, o francés, o alemán, que viene dispuesto a vivir en Asturias con confort, gastándose su dinero en estas simpáticas cosas del carácter campechano de los asturianos no acaba de comprenderlas, toma el rábano por las hojas y se va rumbo a otra parte descontento.

Esta es una región llena de posibilidades fantásticas, pero a condición de que se realicen unos cursos de hostelería y de temas relacionados con el turismo por todos esos puntos neurálgicos de la Costa Verde. Hay que prestar más atención a estos problemas fundamentales, porque en ellos nos va a los asturianos nuestro prestigio. Corremos el riesgo de que nos digan que los Picos de Europa son admirables, pero con agua caliente en las habitaciones de los hoteles.